

# EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



## SUSCRICION PARA ESPAÑA.

**MADRID.** ... Un año, 120 rs. — Tres meses, 32 rs. — Un mes, 12 rs.  
**PROVINCIAS.** ... — 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,  
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de  
 D. Francisco de P. Mellado.

## 1<sup>er</sup> Año. N.º 36. — Setiembre 30 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas a los dibujos y a la  
 redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,  
 calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de  
 España y América, a los Sres. A. Laplace y C<sup>a</sup>, calle de  
 St. André des Arts, 47.

## SUSCRICION PARA AMÉRICA.

**ATLANTICO.** Un año, 50 fr. (10 ps.). — Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).  
**PACIFICO.** ... — 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en París, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, A ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr. — Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

## SUMARIO

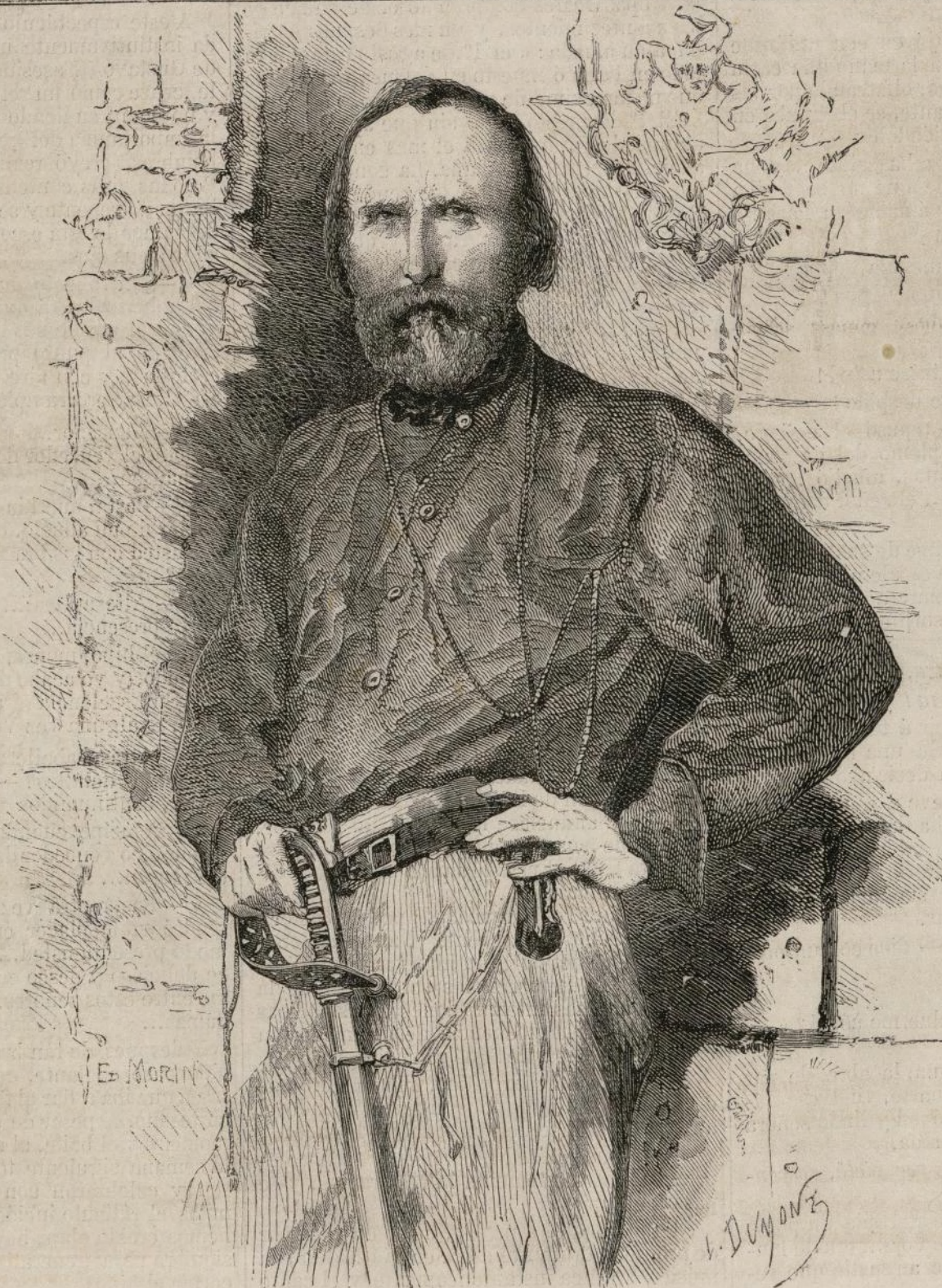
### TEXTO

Crónica de París, por JULIO LECOMTE. — Muerte de la duquesa de Alba, por PEDRO ANTONIO DE ALARCON. — S. M. la Emperatriz Eugenia, por LÉO DE BERNARD. — París desconocido o los tapetes verdes, por EDUARDO GOURDON. — Los círculos de París, por JULIO NORIAC. — El sol y las minas de diamantes, por MÉRY. — Ramsgate, por MAC VERNOLL. — Poesía. La idolatría, por FEDERICO DE LA VEGA.

## SUMARIO

### GRABADOS

El general Garibaldi, dictador de las Dos Sicilias. — La duquesa de Alba, hermana de la Emperatriz de los Franceses. — Ciudad y puerto de Alicante. — S. M. la Emperatriz Eugenia. — La predicacion de San Juan Evangelista. — Busca de diamantes en las montañas de Gonconda (Indias Orientales). — Plaza de Ramsgate en la desembocadura del Támesis. — Cada oveja con su pareja.



EL GENERAL GARIBALDI, DICTADOR DE LAS DOS SICILIAS. — De una fotografía hecha en Palermo por M. Logray.



## CRONICA DE PARIS.

~~~~ Hemos tenido esta semana la solución del *enigma de los Campos-Eliseos*, de que hablamos últimamente. Debémosla á una persona que nos merece entero crédito por sus relaciones directas con la jóven y linda dueña de la casa « dispuesta á recibir á un sér tierna é impacientemente esperado. » La solución ha sido fiada... á nuestra... indiscreción, y los lectores nos perdonarán este vicio.

Inútil es recordar que la heroína de nuestra historia es jóven y encantadora: que arrendó un soberbio edificio, que le amuebló rica y espléndidamente: que se engalanaba todos los días: que tenía dispuesta siempre la mesa y los carruajes, y que esperaba con impaciencia á... un desconocido! Contábanse 27 días de espera cuando revelámos este acontecimiento. Aseguran que aun se prolongó toda una semana, después de la cual sucedió lo que vamos á contar.

Una mañana, la señora que la víspera había estado aguardando hasta media noche al que nunca acababa de llegar, no llamó á su camarera según tenía de costumbre. Eran ya las once y las jentes de la casa empezaban á tener cierta inquietud, tanto que su dama de confianza se arriesgó á entrar en el dormitorio de la señora, cuando se oyó un gran rumor á la puerta de la casa.

Era producido por un jóven con uniforme extranjero, quien tenía en la mano una carta y un ramillete. El portero, olfateando por las flores alguna misiva galante, se obstinaba en despedir al emisario, diciéndole:

« — La señora condesa ha salido... y ha dado órden terminante de que no se reciba nada... porque no conoce á nadie en París! »

El extranjero respondió:

« — Llame usted á la anciana Beppa!

» — Aquí no hay ninguna Beppa!

» — Cómo, bergante, te niegas á obedecer...

» — Caballero, no me tutee usted!

» — Y lo que es mas, te despido!

» — Esa es buena! — repuso el cerbero, pero intimidado por el aplomo del desconocido y echando sus cuentas, añadió: sería usted tal vez... caballero... el señor conde!... Dios mío! »

Pero el soldado, sin curarse de sus palabras, atraviesa el patio, sube la escalera y encuentra en la puerta á la camarera quintañona, quien fija en él sus ojos sorprendida y vacilante.

« — Vamos, *vecchia pezza*, no me conoces?

» — O Dio!... *Excellenza*!

» — Silencio! ve á decir á tu ama que un *mensajero* desea entregarla una carta y un ramillete... y cuidado con decir nada mas! »

La camarera no se atreve á replicar, ni á decirle que su señora no ha llamado todavía. Vuelve la espalda, y por un gabinete servado penetra en el oscuro dormitorio de la condesa, sumida al parecer en un sueño profundo é inhabitual á aquellas horas.

« — Señora... señora! — dice con un prudente *crescendo*. »

Nadie responde...

« — Señora condesa... duerme usted? »

Nada!

Beppa corre á la ventana, la abre de par en par, la luz inunda el cuarto, vuélvese hacia la cama... y vé á su jóven y linda señora como profundamente dormida.

« — Señora... *contessa*, per *pietà*, *respondemi*! »

Se acerca al lecho, y ve aterrada un pomo sobre la mesa de noche. Le coje... era de láudano! Lanza un quejido de angustia que re-

suená hasta en el cuarto en que el conde, con el disfraz de soldado raso del ejército italiano, espera el resultado de su cariñosa estrategia, con la que pretendía sorprender á la condesa. Avalanzase al casto lecho, coje un espejo sobre el tocador y le aplica á los labios entreabiertos de la jóven... muerta ó... alestargada. Conmovido, palpitante, estudia y observa su estado asaz tranquilo, á pesar de un veneno que tomado en dosis crecida la hubiera arrastrado á la muerte en medio de la mas horrible agonía. Su aliento empaña un poco el cristal: duerme!

Abreviemos, á fin de no entrar en detalles, que por la delicadeza misma de esta historia debemos omitir. La condesa era viuda de un anciano de Brescia, del conde Ugo della Rovere, con quien sus padres la obligaron á casarse cuando amaba á un jóven Napolitano, oficial de las tropas reales, y á quien había conocido en Florencia dos años atrás. Después de la muerte del conde, hizo saber al capitán Lucio que tendría gusto en volverle á ver. Los deberes de soldado le retenían en Nápoles y en tan críticas circunstancias no cumplía á su honra presentar su dimisión. Pero adivinaba que antes de mucho estaría libre, y en la correspondencia que siguió con la jóven viuda concertaron todas las disposiciones necesarias á su futuro casamiento. Hace tres meses, cuando Garibaldi llegó á Sicilia, el oficial de las tropas reales comprendió el desenlace de los acontecimientos, y un mes después escribió á su amada: « el 1° de agosto estaré á tu lado en París ó muerto en defensa del mismo que no me exime de mi juramento. »

El 1° de agosto llegó sin que apareciese el anunciado. Transcurrió el mes entero en la ansiosa espera de la dama. La condesa escribió... no tuvo respuesta. Creyendo muerto en Reggio al capitán Lucio, una noche la amante desesperada perdió la razón y quiso dormir el sueño... de que nunca se despierta. Mas la dosis, demasiado ligera, no la produjo sino un efecto narcótico. Cuando se despertó, — sus ojos se fijaron en el ramillete y la carta puestos sobre la colcha y traídos por el amante, el esposo, el capitán disfrazado de soldado raso. Hoy se dice que están muy próximos á concluirse los preparativos legales de este enlace: el capitán Lucio Marazza vive en el hotel Voilemont, calle de los Campos-Eliseos, mientras dentro de un mes le toca instalarse en la deliciosa estancia que con tanto amor preparó la condesa y en donde, esperando al marido, oye de los labios del amante la historia reciente de Italia y también la de su corazón.

~~~~ Del extranjero nos comunican un caso que no carece de interés en su género.

Un príncipe alemán estaba de viaje últimamente. Llega á una ciudad, en donde le obsequiaban con un baile, cuyos honores correspondían al gobernador. A la hora fija, los salones se llenan de la jente mas notable de la población: anúnciase la llegada del príncipe, seguido de sus edecanes: el gobernador se adelanta hasta el peristilo para recibirle y dirigirle un discursillo...

De repente (oh vulgaridad! pero es histórico, prosigamos), de repente el alto funcionario se ve acometido de un hipo terrible! Cómo hablar á Su Alteza con los sobresaltos de la glóti, con esas interrupciones espasmódicas que acentúan la elocuencia de un modo tan extraño? Oh desastre! qué remedio!

En aquel momento crítico, un caballero que estaba á su lado, médico sin duda, viendo el angustioso trance del gobernador, le dice:

« — Levante usted mucho los brazos, comprima usted fuertemente la respiración, y se pasará el hipo! »

El gobernador, aturdido, no comprende por de pronto: el tumulto crece en la escalera, la música arranca instantáneamente y el canto

nacional ensordece los aires! es él, ya llega y el malhadado hipo del infeliz gobernador arrecia cada vez mas!

« — Pronto, pronto, los brazos al cielo, aun es tiempo... y sale usted del apuro! — esclama el médico, un Bávaro barbudo. Y sin pararse en melindres de etiqueta, rápido como el rayo, con un movimiento brusco le coje los brazos y se los tiene sujetos en dirección perpendicular á su cabeza con el vigor de un atleta.

« — Comprima usted la respiración! — añade, — un minuto mas y hablará usted, sino como Demóstenes, que era tartamudo, al menos como Cicerón! »

El gobernador, suspenso, atónito, se entrega como una máquina; mas de repente ábrese la puerta... y rodeado de todas las autoridades de la ciudad, vestidas de gala, solícitas por recibir á Su Alteza, se adelanta magestuosamente el príncipe con su brillante cortejo, busca consus miradas al gobernador, y le vé, encendido como una amapola, con los brazos en ángulo agudo encima de su cabeza, sujetos por el puño de hierro del Bávaro de la barba, quien esclama mientras el paciente está próximo á reventar á fuerza de contener la respiración:

« — Un minuto, sólo un minuto, Alteza Real, y se le pasará!

A este espectáculo inesperado, el príncipe da intuitivamente un paso atrás. La escena de Gustavo III asesinado en medio de un baile, cruza como un relámpago por su cerebro, y no comprendiendo al primer golpe de vista la importancia del gesto insólito de estos dos hombres, creyó realmente en un atentado. Pero las risas contenidas con dificultad estallaron de repente y se paró al fin esperando el desenlace de esta escena exótica é incomprendible á sus ojos.

« — Un robusto *ay*! se exhaló del pecho del gobernador, á quien el médico había devuelto el uso de sus brazos, y de su elocuencia. Dió al punto principio á una serie de cortesías, y con aire meloso cortó el paso á Su Alteza, prorrumpiendo en estas frases:

« — Monseñor... cuando vuestro augusto abuelo, el vencedor de Schwartrbourg—Sonderhausen...

» — Basta, querido gobernador..., antes de hablar de mi abuelo, quisiera saber lo que hacía usted con los brazos al aire y como sofocado?

« — Alteza Real... la emoción de tan augusta presencia...

» Y el hipo, monseñor, — repuso el médico barbudo, y yo acabo de enseñar prácticamente á Su Escelencia el medio infalible de cortarlo. Si alguna vez Vuestra Real Alteza...

» — Atrás, caballero, ¿qué importan á Monseñor esos detalles? — interrumpió el gobernador, continuando:

« — Príncipe! cuando vuestro augusto abuelo, heróico vencedor de Schwartrbourg—Sonderhausen...

» — Basta otra vez, querido gobernador, tendré sumo placer en leer ese discurso, si me lo presenta usted... pero el baile me parece delicioso y deseo cuanto antes encontrarme entre estos señores... y esas encantadoras damas...

Y después de tan breves palabras, el príncipe pasó adelante, cortando la escena grotesca que iba á dar al traste con el ceremonial cortesano. A pesar de esto, al cabo de pocos momentos el baile, al otro día la ciudad, y á la semana siguiente toda la Alemania supieron y celebraron con epigramas y chanzonetas el ridículo incidente. Por nuestra parte hemos creído obrar bien en consignarlo aquí, siquiera para generalizar el medio eficaz de cortar el hipo!



~~~~~ Acaba de llegar á nuestras manos la siguiente carta :

« Muy señor mio : no ha mucho habló usted del incomprensible enlace de una jóven, bella y rica viuda de París, con una especie de patán normando que *hacia el muerto* en el *whist*. Pues amigo, ahí le va á usted para formar simetría otro cuadro nupcial no menos curioso y digno de figurar en el museo de las rarezas femeniles.

» Mi heroína confiesa tener 34 años : es una mujer de las que llaman *bien conservadas* á los 40 : morena, de ojos vivos, de preciosos dientes, con una cintura cumplida y un corsé de alta presión. Añadirémos á este retrato, como señas particulares, que disfruta de cuarenta mil libras de renta.

» Esta dama, de provincia, quedó viuda de un honrado industrial que sucumbió bajo el peso de sus afanes por enriquecerse. Vino á París con sus dos hijos de 14 y de 8 años, y sus amigos, conociendo su posición, tenían gran empeño en casarla, haciéndola un buen partido, como vulgarmente se dice, — algo en obsequio de la dama y un poco mas en provecho propio : que siempre hay derecho de esperar alguna cosa de las personas ricas que nos deben su union y su felicidad : hay comidas, palcos, paseos en coche, distinciones, favores, mimos ; en fin, una renta de goces y placeres !

» En esta persuasión, algunos amigos ó amigas de la rica viuda se esforzaban en rodearla de aspirantes, cuando sucedió lo que verá el curioso lector.

» Era el mes pasado, y una noche de lluvia. Mma. P... va al teatro del Gimnasio con una de sus amigas á ver *Las Patas de araña*. No habiendo palcos libres, toman asientos de balcón, y equivocándose de sitio, se encuentran en el tercer acto al lado de un caballero, cuyos 58 años están hoy consignados en el registro de la alcaldía. El caballero se deshace en cumplidos y galanterías con la viuda, ya aproximándola el banquillo para los pies, ya cediéndola su programa, bien nombrándola los actores, bien haciéndola reparar algunas notabilidades del público concurrente, en suma, es todo un galante caballero. Concluida la función, llueve que es un contento. Se ofrece á traer un coche, le busca, le trae y pide á las señoras licencia de conducir las á sus casas. Bien quisieran hacer repulgos de empanada, pero aquello es un diluvio y no sería justo aprovecharse del coche de aquel caballero y dejarle en tierra á tan cruda intemperie. Por tanto, déjanse conducir á la calle de la *Michaudière* y de este modo el galante caballero sabe donde vive la viuda, que es de provincia, y cien otras cosas mas !

» Ya es tiempo de decir quién es el complaciente acompañante. Llámase M. Grosbuchard (ó cosa parecida) : es un empleado antiguo de puérta, y entre rentas y pension reúne sus 4,000 francos anuales. Alto, flaco, destartado, sin dientes, sin cabello, de color de azufre, con unos pies tamaños ! gran aficionado á la pipa y al *gin*. Fué tambien militar, tiene la medalla de Santa Elena, y hablando del primer emperador dice : *el otro*.

Nada me resta que añadir... á pesar de la desesperación de los amigos casamenteros de Mma. P..., los cuales ven entre las garras de M. Grosbuchard los 40,000 francos de renta de que esperaban conseguir un nupcial corretaje.

Suyo afectísimo, etc.

UN SUSCRITOR, que hace 41 años estudia á la mujer sin poder fijar su opinion acerca de ella, incluyendo en la regla general á la media naranja que le deparó el destino !

~~~~~ Dícese que van á ver muy pronto la luz pública las interesantes *Memorias* de Mma. de Cayla.

En 1816 causó no poca estrañeza á los moradores de Saint-Ouen y Saint-Denis el saber que en su comarca se estaba construyendo un magnífico palacio, sin poder averiguar quien fuese su dueño. Concluida la obra, Luis XVIII entregó sus llaves á una persona invitada á visitarla : esta persona era la condesa de Cayla. El palacio era un don de la munificencia régia, en memoria de la *carta* firmada algun tiempo antes á un tiro de ballesta de aquel sitio, en el salon de Mma. de Cayla, antigua residencia del príncipe de Condé, en la cual pasó el *Deseado* ocho dias, mientras los aliados negociaban en París su próxima exaltación al trono de su hermano el rey-mártir.

Un antiguo retrato de Mma. de Cayla nos la presenta de pequeña estatura, morena, ojos vivos, dentadura magnífica, esbelta, bien contorneada y en extremo graciosa. Su talento era natural, vasta su instrucción, su hechizo irresistible. Tuvo muchos adoradores, á pesar de la senil afección del rey, cuya circunstancia no contribuía poco á aumentar el número de sus cortesanos, y de sus envidiosas.

Fallecida en 1852, quedan mil rasgos característicos de su buen corazón, y del noble uso que hizo de su crédito en favor del Estado con frecuencia, y siempre en obsequio de sus semejantes. Recordamos una anécdota de este género.

Un guardia de corps, ciegamente prendado de la mujer de un célebre periodista de aquel tiempo, la cual era cantante de la real cámara, paseándose con su amada por el museo de Antigüedades, vió que ésta tenía ansia de poseer un magnífico brazalete romano. El oficial no se anduvo en chiquitas, le robó para regalárselo. El negocio metió mucho ruido : los anticuarios, los artistas, hasta los mas profanos hicieron coro para mayor escándalo... Pero Mma. de Cayla consiguió del rey que se le echase tierra, salvando así el honor de dos personas.

Los que han reunido las tradiciones de aquella época, saben muy bien que era costumbre entregar al rey todas las mañanas un rollo de mil francos en monedas de oro, impuesto sobre el juego. Luis XVIII echaba el oro en un jarrón de porcelana de Sèvres, al cual no se tocaba sino cuando estaba lleno. Entonces el rey hacia prevenir por el guardia de servicio á la condesa de Cayla, quien siempre, antes de llevarse el tesoro, decía al oficial cojiese un gran puñado. El duque de E... hombrachon, de gran corpulencia, tenía tales manoplas, que cuando le llegaba su turno cojía de nueve á diez mil francos de una vez. Por esa razón le temía el rey, el cual, cuando aquel estaba de servicio, hacia todo lo posible por retrasar su donativo. Estas novedades suscitaban envidias y murmuraciones en la corte.

La condesa de Cayla se retiró del mundo oficial cuando aconteció el asesinato del duque de Berry, acojiéndose á la paz y al seno de su familia. Desde entonces solamente se la vió figurar una vez, con motivo del estraño litigio que entabló contra los herederos de los Lusitanos en favor de los Lafayette. En las *Memorias de la época* leemos las siguientes líneas relativas al citado litigio.

« 12 de setiembre de 1851. — He aquí un pleito curioso. Todos recuerdan á Mma. de Cayla y el papel que desempeñara durante la Restauración. Nadie ha olvidado que en la quinta de Saint-Ouen fué donde firmó Luis XVIII la Constitución de 1814. Jóven todavía, hermosísima y hábil hasta el extremo, admitida en casi todos los consejos del rey,

esta mujer célebre se habia retirado de la escena política hace veinticinco años, y quince de la del mundo, viviendo en la soledad, en medio de sus antiguos y fieles amigos.

» Una estraña casualidad trajo á sus manos, dos años ha, varios papeles procedentes de la sucesión del marqués de Lusignan que acababa de morir. Sabido es que los Lusitanos reinaron en las provincias de Oriente, bañadas por el mar de las Cíclades. Uno de ellos casó con la célebre Veneciana Catalina Cornaro, de la cual hizo una reina de Chipre (y *Scribe* una ópera cómica !). Su antigua casa estaba fantásticamente puesta bajo el amparo de la *Maga Melusina*. Dejaron cuantiosos bienes, como consta de los citados documentos, en varios tiempos y lugares.

» Hojeando Mma. de Cayla estos antecedentes, encontró en ellos grandes pruebas para sostener un litigio en favor de la familia Lafayette. Propuso al marqués Georges que ella se encargara de este litigio, en el cual ni soñaban siquiera sus parientes. El marqués, que no se curaba de meterse en lios litigiosos cuyo resultado problemático debía costarle sendas sumas de dinero, accedió al fin á la proposición, mediante la mitad de los beneficios. Mma. de Cayla entabló, pues, la querrela judicial, la prosiguió con energía, dirigió, gestionó, y satisfizo todo, desplegó tal actividad, tal celo é inteligencia, que acaba de ganar el litigio en el tribunal de Burdeos. La acción se ejercía contra bienes comunes, el lítés eran bienes de herencia en Brie. Dícese que, deducidos todos los gastos, corresponden á la condesa por su mitad, un millon doscientos mil francos. Los Lafayette no caben de contento y todo el *faubourg Saint-Germain* se hace lenguas, y admira la vigorosa iniciativa y despejo de la castellana de Saint-Ouen. »

Mma. de Cayla dejó una hija casada con el príncipe de Craon, uno de los grandes nombres de Francia. La princesa de Craon es una escritora distinguida, apreciable, quien ha escrito varias obras de una moral consoladora, premiadas por la Academia francesa. Ignoramos si esta noble dama es quien piensa publicar las *Memorias de la condesa de Cayla* ; pero sea cual quiera la pluma que las trace, serán acogidas con interés, como una nueva luz que aclare los bastidores de la gran comedia de la Restauración.

~~~~~ Dícese que el Prefecto de policía ha prohibido á los actores fumar en la escena : nada mas justo. Esa acción chocante que desde las tablas de los *boulevards* habia invadido hasta el Teatro-Francés, era impolítica, insufrible é indigna del arte y de un público elegante. ¿Cuántas veces no hemos visto á las señoras de los palcos proscénicos molestadas por el repugnante humo que las lleva el aire de los bastidores ? Y además ¿porqué ha de ser el cigarro mas real que los otros accesorios de la escena ? Si el humo es del todo necesario en el diálogo, si para la acción cómica ó dramática es indispensable que el actor tenga algun objeto inflamado en los dientes ¿porqué no fuma un cacho de caoba ? Prescindiendo de burlas, el teatro, desde Molière, cuenta por centenares las obras maestras que no requieren esta novedad, la cual hace de hecho harto nauseabundos progresos, sin que se introduzca ahora en las ficciones. Por otra parte, si no se pone coto á este abuso del tabaco, pronto nos veremos obligados, como sucede en ciertos países, á contemplar la escena al través de un espeso y nebuloso cortinaje azulado y pestilente !

JULES LECOMTE.

(Trad. A. L. de B.)



LA MUERTE DE LA DUQUESA  
DE ALBA.

## I.

Unas líneas escritas el último lunes en los periódicos de París y una correspondencia telegráfica cambiada con la Argelia, han dado á conocer en Francia un doloroso acontecimiento, que no por ser esperado hace muchos días, ha causado menos impresión en este hospitalario y afectuoso pueblo.

La duquesa de Alba era la única hermana de la Emperatriz de los Franceses.

Cuanto han aprendido á amar en Eugenia de Guzman á una gran Soberana, magnánima y clemente, tan misericordiosa como bella, tan ilustre por sus virtudes como por su nacimiento, tan insigne en el trono como en la familia, madre tierna y perfecta esposa, sienten de antemano la honda pena que ha de traspasar su corazón cuando conozca su gran desgracia.

Las circunstancias en que este suceso ha tenido lugar aumentan la preocupación de los ánimos, puesto que viene á interrumpir la marcha triunfal de SS. MM. II. por la Argelia. Hay razones para creer que la Emperatriz ignorará la infausta noticia hasta que regrese á Francia, y el mismo Emperador la ha recibido con retraso, á causa de haberse roto, precisamente el mismo día 16, el cable telegráfico del Mediterráneo.

Los restos de la ilustre duquesa serán trasladados á España, al panteón de los duques de Alba. Sólo una sombra de su beldad exámine quedará en Francia en dos magníficas fotografías hechas por M. Disderi pocas horas después de abandonarla la vida y antes del embalsamamiento. Un sentimiento piadoso, fácil de comprender, impide por ahora la publicación de esa última imagen



La duquesa de Alba, hermana de S. M. la Emperatriz, muerta el día 16. (Segun una fotografia de M. Disderi.)

de una de las mujeres que mas amadas y admiradas han sido sobre la tierra.

La duquesa de Alba ha muerto en brazos de su madre y de su esposo, rodeada de casi toda su familia y de la mayor parte de sus amigos de España. La angustiada madre ha presenciado y endulzado la agonía de su hija con un heroísmo sin ejemplo, sólo comparable al dolor que hoy la rinde y despedaza.

## II.

Después de dar al público francés estos fúnebres detalles de un suceso que no ha podido menos de interesarle por las razones indicadas, seale permitido al compatriota y al amigo que pudo conocer y admirar á la que ya sólo es un nombre y un recuerdo, expresar toda la extensión de la pérdida que ha sufrido la sociedad española y todo el dolor que hoy experimentan cuantos tuvieron la fortuna de acercarse á aquella mujer extraordinaria, de contemplarla, de escuchar su voz y comunicarse con su peregrina inteligencia.

La muerte de la duquesa de Alba deja en Madrid un vacío que nada ni nadie podrá llenar. Ella reinaba en nuestros salones, no sólo por su singular hermosura é inimitable elegancia, sino también por el encanto de su viva y graciosa conversacion, por su atinada crítica, por sus vastos conocimientos, por aquella superioridad encantadora de ciertas naturalezas privilegiadas, que armonizaba sus facultades y sus atractivos y esparcía en todas sus acciones, en todas sus palabras, en todos sus movimientos como un perfume suave, como una melodía misteriosa, como una magia incomprensible.

Hoy puede decirse en alta voz, sin miedo ya (por desgracia) de herir susceptibilidades. Era lo mejor que poseíamos: todos nos envanecíamos de ella. Cuando ilustres extranjeros llegaban á Madrid, nos complacíamos en que la conocieran y la ostentáramos y lucíamos á sus ojos como nuestra joya mas preciada.

Todos la amábamos con aquel lejano culto que se tributa á los astros ó á las maravillas del arte.

Quien diga que la vió, que la habló una vez, y que no se sintió dominado y poseído por su he-



Ciudad y puerto de Alicante, segun un croquis de M. Yriarte. — Vapor sardo Génova.







chicero poder, adula á las demas mujeres ó hace un tardío alarde de impasibilidad ó resistencia.

Era, en fin, una de esas mujeres que aparecen frecuentemente en Francia; pero rara vez en España, país en que se encuentran mas caracteres de familia que de sociedad; una Mma. Recamier, una princesa de Liewen, y que hubiera podido ser una Mma. Rolland. Así es que constituía entre nosotros el núcleo de una vasta y multiforme asociación de todas las aristocracias, de todas las eminencias de la corte. Todo el mundo ha oído hablar de las *tertulias*, de los bailes, de los conciertos del palacio de la condesa del Montijo. Allí concurría la hija que acaba de perder. Por ella y para ella se hacia todo.

Ya no volverá á hervir la luz en aquellos salones! Allí se reunían dos veces por semana los hombres que llevaban un apellido histórico y los oradores, los guerreros, los artistas y los poetas que ilustraban su nombre por sí mismos.

En aquel campo neutral confraternizaban todas las reputaciones políticas, militares, financieras, elegantes, literarias ó diplomáticas que encerraba Madrid; todos los viajeros distinguidos, todos los artistas extranjeros de alguna fama, compositores, cantantes, pintores y cómicos. Y en medio de aquella afamada muchedumbre reinaba sin rival la noble duquesa, hablando á cada uno en su idioma patrio y en el lenguaje de su arte favorito. Y aquella mujer era al mismo tiempo árbitra de la moda, dictadora de las costumbres, ídolo de la juventud *fashionable*, modelo de buen gusto en sus *toilettes*, en sus trenes, en todo lo que la circunvalaba y adornaba.

Su voz se mezclaba en los conciertos como una nota argentina; su gallardo talle era seguido por todas las miradas en el torbellino del baile; sus manos de hada se unían en el teatro á los aplausos del público, cuando ella no daba la señal: en la caza; en el paseo; en la cámara de la reina; en todas partes se la veía á igual altura, siendo siempre el centro de todas las atenciones, el íman de todas las almas...

¡Y ha muerto!

Mucho tiempo hacia que todos lo tenían menos ella!... Hace algunos meses la vimos abandonar las playas españolas con dirección á Francia en busca de una salud que sabíamos no había de encontrar. Sus despojos mortales será lo único que volverá ya de ella al suelo patrio! Ya en París, la numerosa emigración española que pasa el verano en esta capital, la ha saludado tierna y respetuosamente, una y otra tarde, en el *Bosque de Boloña*. Pálida, moribunda, recostada en una carretela abierta, cruzaba ante nuestros ojos, á los últimos rayos del sol, como una brillante aparición que se alejaba, dejándonos en una noche sin esperanza... ¡*Mañana no vendrá!* decíamos... y al inclinar la cabeza para darle el último adiós, ocultábamos nuestras lágrimas!

Pocos días antes de su muerte, en la tarde del 8, aun la vimos á las orillas del lago, bajo los árboles que empiezan á perder sus hojas... Ya no volvió mas!... En fin, la noche del 16, en tanto que París se abandonaba á las alegrías del domingo, cuando ya resonaban detrás del hotel d'Alba las locas armonías del *Chateau des fleurs*, aquel espíritu sublime, fortalecido por la resignación cristiana, dió un adiós al mundo y á la vida, y huyó de entre nosotros á mejor patria...

Hemos leído que cuando murió Isabel de Portugal, esposa del emperador Carlos V, un gran señor de su corte, el duque de Gandía, marqués de Lombay, fué encargado de trasladar á Granada los restos de aquella gran princesa, cuya maravillosa hermosura le había valido el nombre de *Las tres Gracias* con el lema de *Hæc habet et su-*

*perat*. Al tiempo de hacer la entrega del fúnebre depósito, abrióse el ataúd para dar fé de que era la misma emperatriz la que yacía dentro; y fué tal la impresión que su corrompido cuerpo produjo en el duque de Gandía, antiguo admirador de sus perfecciones, que renunció al mundo y tomó el hábito de jesuita, diciendo: *no quiero mas hermosura, que puede convertirse en tan inmundo barro*. Aquel gran señor é ilustre guerrero llegó á llamarse *San Francisco de Borja*.

En una época menos desvanecida y agitada que la presente, la catástrofe que hoy lamentamos pudiera dar lugar á conversiones parecidas á la del marqués de Lombay; pero hoy vivimos tan tumultuosamente, y ofrece la vida tan variados y peregrinos encantos, que los corazones mas tiernos y las almas mas melancólicas se contentarán con dejar una flor y una lágrima sobre el sepulcro del ídolo convertido en polvo, después de lo cual correrán en busca de cualquiera de las espléndidas realidades de la moderna filosofía.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

#### LA EMPERATRIZ EUGENIA.

Sin duda alguna el poder supremo tiene algo en sí que sorprende, subyuga y pasma. Su majestad no es un vano prestigio, la frente mas ufana se inclina ante ella, y hasta el espíritu mas independiente lo experimenta. Hay sin embargo un poder que puede añadirse á su poder, un brillo á su esplendor, una influencia penetrante á la acción exterior de su autoridad: tal es la influencia de la bondad, de las virtudes, de la modestia y de la gracia que se reasume en la mujer.

Que esta influencia se traduzca en belleza y en juventud al lado del poder irradiante en inteligencia y en amor de un espíritu y de un corazón viriles, y nada falta entonces á su imperio. El obra, ella brilla; él gobierna, ella encanta; él confiere las cargas y los honores, ella dispensa los beneficios y los socorros; él es la autoridad fecunda, ella la benéfica reparadora; él es la fuerza, ella la gracia. Tal es la perla que se une al diamante en esa corona de oro que se llama la soberanía.

¿No son estos los pensamientos que se despiertan naturalmente en el corazón á la sola vista de la imagen de esta princesa? No traduce su alma un brillo ideal y tierno en la belleza serena de sus facciones tan puras?

Sus actos no son mas que la revelación secundaria, y sin embargo, qué revelación mas completa? ¿Hay uno solo en el cual no se manifiesten las munificencias imperiales de ese corazón en el cual late la sangre de Guzman y del Cid?

Todas las instituciones de una caridad injeniosa y activa, que cubre con sus alas divinas á la infancia abandonada, tienen un centro común, y este centro es ella. Sociedades maternales, asociaciones de lactancia, obras de las salas de asilo, casas de horfandad de toda naturaleza, revelan aun menos su presidencia oficial que su corazón. Véase si no qué entusiasmo escita por do quier su presencia, ya recorra el viejo suelo de la Armórica, desde la desembocadura del Sena hasta la del Loira, ó bien atraviése esas poblaciones patrióticas del Este, de donde salieron tantos héroes en 1815.

El corazón de los pueblos no se engaña en estos unánimes arranques de entusiasmo.

LEO DE BERNAD.

(J. R.)

#### PARIS DESCONOCIDO.

##### LOS TAPETES VERDES.

(Continuacion.)

V

##### La partida.

Seis ú ocho días después de la curiosa entrevista de que acabo de hablar, recibí una carta en que se me rogaba con instancia que pasara á la calle de los Mártires, al domicilio del joven. Noté que la letra estaba temblona y como trazada por la mano de un niño que aprendiera á escribir. Me inquietó esta particularidad, tanto mas, cuanto que la carta no entraba en ninguna explicación. No perdí ni un minuto, salí y me encaminé á la calle de los Mártires, con el presentimiento de alguna desgracia. Al llegar á la casa indicada, dije al portero el nombre del hijo de mi amigo. En aquel momento, la portería se hallaba invadida por media docena de comadres que hablaban con mucha animación. Al oír el nombre del joven, todas aquellas lenguas femeninas guardaron silencio. «No puede usted ver al señor Enrique, dijo el portero; se halla en un estado terrible y no recibe á nadie.» Entonces enseñé la carta que había recibido. «Si usted tiene una carta del señor Enrique, es diferente, y voy á acompañarle á usted.» Supe al subir la escalera que el joven se había batido en duelo la mañana del día anterior, y que había recibido en el pecho una herida terrible. Es que, añadió mi guía, el señor Enrique no era muy arreglado; entraba á una hora muy avanzada de la noche, algunas veces aún hasta el amanecer; debía sucederle ciertamente alguna desgracia. Cuando llegamos al cuarto piso, el portero llamó con precaución, una enfermera salió á abrir; díjola que había sido yo llamado y me esperaban, después bajó la escalera, no sin haber pedido noticias del enfermo. Entré por fin en el aposento de éste, en donde encontré á un joven estudiante de medicina que prodigaba á Enrique señales de una viva solicitud, y le asistía, en ausencia del facultativo, de un modo inteligente.

Enrique se hallaba en su lecho; la palidez de su rostro me llamó la atención; todas sus facciones parecían singularmente alteradas y contraindas; sus ojos estaban rodeados de una escavación violácea; su frente estaba arrugada; sus mejillas, hundidas y diáfnas, no presentaban ya indicios de vida; sus ojos solamente revelaban, por su calenturienta vivacidad, que el corazón latía aún en aquel pecho tan cruelmente herido. Advertí con estupor que su pelo, que ocho meses antes había yo visto magnífico, de un negro de azabache, flexible y lustroso como los cabellos de una joven, se hallaba en parte cano.

Comprendí que la herida no era mas que un episodio de aquella existencia, que no había dependido de mí hacer mejor, ó su desenlace tal vez; comprendí que el tiempo que había pasado desde nuestra primera y única entrevista había sido fecundo para el joven en crueles pruebas y prolongados tormentos.

Al momento que me aperció Enrique, me dió gracias con la mirada; no intentó alargarme la mano, pues le estaba prohibido todo movimiento, pero supo hacerme comprender con la elocuencia de sus ojos que me agradecía vivamente mi solicitud.

Poco tiempo después de mi llegada entró el médico, consultó el pulso del enfermo, examinó el aparato de la herida, recetó una poción, ordenó al estudiante y á la enfermera ciertas precauciones particulares para la noche, y después me hizo señas de que pasara con él al aposento vecino. «Caballero, me dijo entonces, este joven ha manifestado el



deseo de verle á usted, y le ha escrito, contra mi voluntad y en mi ausencia, pues era cosa imprudente en el estado en que se halla. Cuando haya tomado la pocion que receté, podrá decirle á usted algunas palabras. No le haga usted preguntas, no le haga usted hablar y no le escuche sino algunos minutos, pues en este momento su vida pende de un hilo. Su naturaleza está destruida por las veladas, y con semejante clase de sujetos hay pocos recursos, sobre todo, cuando la herida es tan grave. La espada ha penetrado bajo la tetilla derecha, y la punta ha salido á izquierda de la tercera vértebra. El golpe es terrible; el pulmón ha sido traspasado. La cuestión que se presenta es ésta: permanecerá abierta la herida del pecho el tiempo necesario, ó bien se cicatrizará demasiado pronto, como lo temo también? En el primer caso, si los desórdenes interiores no son muy graves, el herido puede sanar; en el segundo, habrá derrame interior, resorcion y muerte rápida. Mañana quedará decidida probablemente la suerte del enfermo. Hé aquí todo lo que le puedo decir á usted, caballero. Ahora, entre usted, pero no olvide mis recomendaciones.»

Dí las gracias al médico, y volvimos al lado del enfermo.

Cuando hubo tomado Enrique su pocion, le dijo el facultativo:

«Puede usted hablar algunas palabras á este caballero, pero solamente algunas palabras. Vamos á dejarlos solos cinco minutos. Hable usted en voz baja, no haga ningun esfuerzo, ningun movimiento, y si siente usted el menor dolor, cese de hablar al momento.»

El médico, el practicante y la enfermera se retiraron mientras yo me acercaba al lecho de Enrique.

«Querido caballero, dijo éste cuando estuvimos solos, cuánta razon tenia usted y cuán errado estaba yo? He tenido empeño en verle á usted para decirle principalmente esto. El excelente amigo que me cuida le referirá á usted todos los pormenores de este malhadado asunto. En ellos encontrará usted mucho que vituperar y mucho que perdonar. Se ha avisado á mi padre, y probablemente va á llegar. Discúlpeme usted con él lo mas que pueda. Ciertamente me asistia todo derecho, pero he cometido la falta de levantar la mano, y me he visto en la dura necesidad de batirme con un arma que no conozco. Gracias por vuestra solicitud; soy muy sensible á ello. Si salgo bien de este accidente, lo que apenas espero, puede usted contar con que no se perderá la leccion. Si muero, lo sabrá usted por algunas líneas que le escribirá mi amigo.»

Para conformarme rigurosamente á las instrucciones del doctor, me abstuve de toda pregunta; limitéme á manifestar al herido una gran confianza en su próximo restablecimiento, confianza que no tenia yo, y á hacerle todas las promesas que esperaba de mí, y me retiré.

Antes de decir cuál fué el desenlace de este drama esencialmente parisiense, me parece natural referir sus principales peripecias. He aquí lo que supe:

Poco tiempo despues de su llegada á Paris, Enrique habia contraído relaciones con uno de esos mentidos estudiantes que existian en gran número en el cuartel latino hace quince ó veinte años, y como hay todavía algunos en este momento; jente sin recursos conocidos, que no ha estudiado nunca bastante para recibirse de abogados ó de médicos, pero que ha aprendido bastante para creerse superior á toda profesion, y llevar una existencia vagabunda, problemática y en realidad vergonzosa. Estos individuos viciados, malos genios de la juventud de las Escuelas, se han dispersado lo mismo que los estudiantes, quienes residen ahora en los diversos barrios de

Paris. Enrique habia entablado amistad con dicho estudiante, naturaleza perversa cuya vergonzosa conducta distaba él de sospechar.

Por lo demás, el estudiante de décimo-quinto año tenia, entre los otros jóvenes, la reputacion de «buen muchacho» que es casi el único pasaporte que se exige en esa sociedad joven y confiada, que no ha experimentado aun la práctica de los hombres. Era, en efecto, un buen muchacho, si se atendia solamente á las apariencias. En el café, en donde pasaba parte de su vida, mostrábase muy fuerte en todos los juegos, sobre todo, en el billar; pero nunca abusaba de esta superioridad con sus amigos. Dábales caritativamente lecciones; en una partida de interés, les daba de buen grado algunos puntos, perdía como todo el mundo, y, cuando perdía, pagaba sin ponerse de mal humor. Cuando digo que pagaba, quiero significar que cargaba á su cuenta los gastos, lo que no es enteramente lo mismo, pues tenia en todos los cafés frecuentados por los estudiantes interminables cuentas de *medias tazas*, cerbeza, ponchadas y tabaco, cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos, y por las cuales no le molestaban mucho los cafeteros, precisamente á causa de la influencia que él ejercia en los jóvenes parroquianos. Cada dueño de establecimiento temia que los condujese á casa de un concurrente. Era obsequioso hasta el bolsillo inclusivamente, y si, por casualidad, pedía prestado, devolvía fielmente, el día prometido, la cantidad prestada. En las querellas, reclamábanle como árbitro los dos partidos; muy fuerte en el manejo de las armas, pero prudente, frío y paternal, se le elegía por padrino, y habia arreglado pacíficamente mas de una disputa, que, sin él, se habria terminado por un duelo. Cómo no habia de ejercer semejante hombre una grande influencia en los ánimos sencillos y ardientes? Añádase á esto que era de muy buena presencia, llevaba un buen nombre, hablaba de las celebridades del momento como un hombre que las conoce y las visita, y finalmente que, algunas bellas de trajes de seda, de primorosos sombreros y de costosas alhajas atravesaban con frecuencia los puentes para venir á verle á su modesta habitación de la orilla izquierda del Sena.

Enrique se estrechó pues con este otro misterioso y pronto parecieron inseparables. Enrique recibía de su familia una módica cantidad mensual, destinada á las inscripciones, á los libros y á su manutencion. Era lo necesario para llevar convenientemente la vida de estudiante, y nada mas. Pero Enrique debia entrar próximamente en posesion de los bienes de su madre, muerta hacia algunos años, y todos conocian esta circunstancia. Esto basta para explicar el celo con que procuraba servirle su nuevo amigo. En realidad, el estudiante de décimo-quinto año se cuidaba poco de acabar sus cursos de derecho; no tenia ninguna pretension con respecto al foro, y los laureles de los maestros de la elocuencia no le impedían de ningun modo el dormir. Tenia otras cuerdas en su arco que las de un futuro abogado. Habia encontrado un modo de vivir opulentamente en la pereza, en medio de sus placeres predilectos, y este modo era de los mas sencillos: consistia en reclutar en el cuartel latino á los jóvenes mas ricos para conducirlos á cierto número de casas clandestinas de juego, en las cuales tenia un interés. Tal era su especialidad y su honrada industria. Él mismo jugaba en caso de necesidad, pero jugaba poco y como para completar el número. Sus beneficios se hallaban fijos de antemano en el producto de la «*cagnotte*» ó del candelero, ú bien aún de la canastilla, productos, que, segun hemos dicho anteriormente, pueden ascender á algunas centenas de francos por noche en los mas miserables garitos. No se crea,

sin embargo, que impelia sus víctimas al juego con sus provocaciones ó el incentivo de la ganancia: no, se encargaba simplemente de conducirlas al matadero, bajo el pretexto de una comida ó de alguna alegre partida femenina. Una vez introducida la víctima, aun representaba, con una calma y un talento que hubieran hecho su reputacion en el teatro, un papel cómico y odioso, del cual debo decir dos palabras para acabar de pintar al hombre: «Le he conducido á usted aquí simplemente para comer, decia al desgraciado pichon. Despues de la comida se jugará probablemente: no vaya usted á tener la idea de tocar los naipes, ó bien, si usted juega, imíteme, juegue poco y con prudencia. Estos lugares no son seguros: la sociedad está compuesta necesariamente de toda clase de jentes á pesar de todas las precauciones que toma para espurgarla el ama de casa, que es una mujer excelente y muy honrada. Fuerza es que haya griegos en Paris, los hay aquí siempre, mas ó menos; son perseguidos, vigilados por la policía; no pueden introducirse en los círculos regulares: en dónde quiere usted que se refugien y hagan sus negocios, si no es en las casas como ésta? Así que, no puede usted andar con demasiada prudencia.» Despues de la comida, cuando aparecia la baraja en la cesta, daba nuevos consejos: pero ya estaba vencida la víctima. Entre la sopa y los postres, dos hermosos ojos cerca de los cuales habian tenido cuidado de colocarle, habian desempeñado un papel diferente, secundados por una boca que no se habia abierto sino para alabar los placeres de los albures ó del ferro-carril. De los dos abogados, el mas seguro de ganar su causa era el que no habia asentado inscripciones, tanto mas, cuanto que el ama del lugar no habia escaseado sus mimos al recién venido, diciendo que era muy guapo, donoso, distinguido, que seguramente llegaria á ser ministro, y que finalmente, entre tanto, ella habia llevado su simpática expansion hasta llamarle «*mi gatito*,» suprema espresion de su confianza y de su amistad.

En una de estas redes fué donde cayó el joven y se dejó cojer poco tiempo despues de su llegada á Paris. Por mas extraño que esto parezca, no es menos cierto. Cuando se tiene la desgracia de ser impelido á esa sociedad, á los veinte años, es necesario una voluntad muy enérgica, casi sobrehumana, para salir de ella sin dejar una porcion de sí mismo. Felices los que no dejan mas que su bolsillo! Digo á los veinte años, pero casi podria decir á toda edad, y los ejemplos de las catástrofes de los que su esperiencia no ha podido preservar se estrechan bajo mi pluma. Citaré uno sólo de paso. Condujo un día un amigo, á cierto artista conocido y distinguido á una de esas casas de doble fin, amigo que, no siendo jugador, se habia propuesto simplemente invitarle para comer con él. Desgraciadamente, los dos amigos se hallaban aun presentes cuando aparecieron las cartas, y el artista, por curiosidad y por desocupacion, se colocó entre los jugadores. La suerte no le favoreció, pues cuando dejó la mesa de juego para retirarse, perdía seiscientos francos. Como nunca habia jugado dinero, esta pérdida le fué muy sensible; así que, propúsose volver al día siguiente para recobrar lo perdido. Volvió, en efecto, y aquella noche perdió mil francos. Estas dos lecciones habrian bastado á un hombre verdaderamente fuerte, y se habria detenido; pero éste no pudo decidirse á tener tal pérdida, la primera de su vida, y lo que le animaba sobre todo á perseguir su dinero, es que veía á ciertas jentes mas felices ganar en algunas paradas el equivalente de lo que él habia perdido. Continuó pues, y, perseguido por una de esas venas que parecen dispuestas adrede por algun demonio invisible, perdió en pocos días, no solamente todo el





PREDICACION DE SAN JUAN BAUTISTA.



dinero que poseía, si no todo el que le habían podido prestar, unos diez mil francos próximamente. Hay necesidad de decir que, pasando de este modo sus noches en el juego y cruelmente atormentado, se sentía incapaz de trabajar en el día? Agotado su crédito de particular y de artista, jugó todavía, no ya para recobrar su dinero, si no para pagar las deudas que había contraído. Entonces echó mano á sus muebles, á sus objetos de arte, á las mil y una cosas primorosas que poblaban su taller; su producto fué absorbido rápidamente. Al cabo de un mes, se hallaba en un estado completo de despojo, lleno de angustias, muy desalentado y abrigando en su cerebro ideas de suicidio. Por fin, la fortuna tuvo compasión de este pobre joven á quien había tratado con tanta crueldad. Hicieronle una encomienda considerable, y fué preciso, de grado ú por fuerza, ponerse á trabajar, só pena de abdicar sus funciones de artista. Obtuvo un adelanto bastante crecido, pagó sus deudas, y se encerró en las cuatro paredes desnudas de su taller. El artista olvidó el juego, pero no perdonó á su inocente amigo su convite de comida, que sin embargo no era sospechoso; y cuando le encuentra hoy, diez años después de esta aventura, experimenta una apretura de corazón y una contracción de nervios que se parecen mucho al odio.

Este ejemplo de la facilidad con la cual puede uno dejarse arrastrar, aun cuando sea un hombre razonable y no tenga el instinto del juego, explica la ceguera de que dió pruebas la víctima del supuesto estudiante. Enrique jugó poco en los primeros tiempos. El juego no era para él un objeto: era un medio, una especie de pasaporte que le abría las puertas de cierta clase de la sociedad, singular y extraña. Como me lo había dicho en aquella primera época de su vida parisiense, se hallaba aún imbuido en los saludables principios de la familia, y solamente la curiosidad guiaba sus pasos á donde no habría debido mostrarse nunca. Jugaba poco, prudentemente, limitaba sus pérdidas y no pedía prestado jamás. Esta circunspección duró varios meses, y fué verdaderamente por su parte una especie de esfuerzo. Desgraciadamente, el medio en el cual se hallaba era demasiado malo y su acción demasiado constante, para que el joven no resintiese su influencia: experimentóla desde luego sin sospecharlo siquiera; después, cuando percibió que se hallaba en una pendiente funesta, no tenía ya la fuerza necesaria para detenerse. No nos esponemos impunemente á ciertos peligros; y la verdadera prudencia no consiste tanto en la lucha, cuanto en el cuidado que se tiene de escapar á la necesidad de luchar.

Una noche, las dos *miss* se hallaban sentadas juntas á una mesa de juego numerosa y agitada. La sociedad se componía de caballeros y de señoras. Había cantidades considerables sobre el tapete, delante de varios jugadores. Se jugaba al ferro-carril, y las corridas se sucedían con una rapidez notable. Entre los perdidosos hallábase un gran comerciante del barrio de los Bourdonnais. Mas maltratado que todos por la suerte, era también el más mal criado, y se mostraba algunas veces grosero en sus exclamaciones y en sus quejas. Supercioso como la mayor parte de los jugadores, púsosele en la cabeza que el método moderado y prudente del joven ejercía una funesta influencia en sus jugadas, y soltó una pulla bastante clara que todo el mundo comprendió al momento: « Hay aquí, dijo, personas que juegan como unas mujeres y parece que vienen á ganar para su comida. No se debe jugar cuando no se tiene bastante dinero para jugar noblemente. » Apenas habían sido pronunciadas estas palabras brutales, cuando todas las miradas se dirigieron al joven, cuyas mejillas se encendie-

ron repentinamente. Iba á responder; pero su voz fué sofocada por las reclamaciones de varias señoras que, jugando crecidas cantidades, creyeron de su dignidad no dejarse confundir en esta especie de escomunion. Cuando se hubo calmado un poco la emoción, el estudiante de décimo quinto año, temiendo sin duda una querrela que hubiera comprometido la partida, y, por consiguiente, la *cagnotte*, cerró la boca á su amigo rogándole que le dejara hablar, y dijo en tono medio serio, medio gracioso: « La observación del millonario es del todo impertinente. Cada uno está aquí por su dinero. Que los grandes se limiten pues á comerse á los chicos, sin vejarnos. En calidad de comisario, condeno al richacho á una multa de seis botellas de champaña, que nos beberemos en la próxima comida. » El incidente terminó de este modo, teniendo cada cual interés en que no se prolongara; solamente que cuando tocó al comerciante tomar la baraja, encontró por adversario, ardiente y resuelto á llevar las cosas rápidamente, á Enrique, quien, habiendo pedido tres mil francos á su amigo, entonces con grandes ganancias, apostó, una tras otra, cantidades considerables contra el banquero, se encarnizó contra él, y le ganó con una suerte rápida y aterradora, seis mil francos, que él hizo pasar á su bolsillo diciendo que tenía bastante con aquello para media docena de comidas al menos. El comerciante, embobado y sorprendido, estaba sin voz y sin movimiento cuando se levantó triunfante el joven para despedirse de la sociedad.

Deplorable triunfo, que fué, según se verá en el próximo artículo, la causa primera de una gran desgracia.

EDUARDO GOURDON.

(J. R.)

## LOS CÍRCULOS DE PARÍS.

### EL CÍRCULO VICIOSO.

Grande es mi embarazo.

Si no hablo del círculo vicioso, es evidente que mi tarea será incompleta. Por otra parte, si desempeño el papel de historiógrafo de este triste lugar, podría suceder que el lector alarmado me agradeciese muy poco el que me ocupe de un asunto que él quiere ignorar, de jentes que él no desea conocer, cosa de que le felicito.

La perplejidad del asno de Buridan era una broma al lado de la mía. En su lugar, me habría comido la paja y el heno simultáneamente,—como se dice en la teoría del arte militar.—Pero aquí la posición es verdaderamente más difícil, no puedo hablar y callarme; es cierto que tengo derecho á murmurar, y hago uso de él.

Después de maduras reflexiones, hé aquí la sentencia de mi... juicio:

« En atención á que, si es deplorable tener que hablar al lector de lugares sospechosos y de jentes de mala compañía, es evidente que el deber del observador es señalarle las redes en las cuales puede caer;

» Considerando, no obstante, que lo que está escrito está escrito, y que ciertamente un buen consejo no es lo que impedirá al lector dejarse cojer en la trampa, si tal es su deseo ó su destino;

» Manda: que se hable del círculo vicioso, pero someramente, con el fin de no dar al lector deseos de juzgar por sus propios ojos, lo que le costaría caro. »

Hay en París tres especies de círculos viciosos, que podrían ser calificados del modo siguiente:

Los Círculos permitidos,

Los Círculos no permitidos,

Los Círculos prohibidos.

Los círculos permitidos se hallan naturalmente bajo la hábil vigilancia de la policía, la cual no

deja abrir dichos establecimientos sino con mucha dificultad. Es más fácil ser nombrado coronel en el ejército de Garibaldi, que director de un círculo de la capital.

Antes de pasar adelante, debo advertir que la mayor parte de los círculos permitidos se componen de miembros y son frecuentados por personas cuya honradez se halla fuera de duda; desgraciadamente existen tal vez dos ó tres casas peligrosas. La administración lo sabe, pero ¿qué hacer? ¿Cómo castigar á jentes que no hacen fulleras?

Los parroquianos que frecuentan á menudo estos establecimientos no son *griegos*, sino simplemente jugadores; pero jugadores tan astutos, tan hábiles, tan seguros de su calma, que es imposible luchar con ellos. No ayudan á la suerte con el fraude, dominanla con la ciencia.

A fin de hablar de estos jugadores dichosos con todo conocimiento de causa, rogué días pasados al célebre Robert Houdin que me instruyera respecto de aquellos.

— Si he de ser franco, respondiome el célebre físico, no comprendo lo que usted me pregunta: precisemos la cuestión.

— Querría saber, caro maestro, le dije, si estas jentes que viven del juego son ladrones.

— No todos.

— ¿Qué hacen los que no son fulleros?

— Observan, nada es más sencillo.

— Para usted, tal vez?

— Para ellos más todavía. En el juego, la menor ventaja tiene las mayores consecuencias. Un jugador que puede tener presente la runfla de los naipes, recordar poco más ó menos la disposición de las cartas que él ha levantado para barajar; que puede ver diestramente, según el alce, el lugar en que se hallan colocadas, podría dar cincuenta puntos á su adversario en el juego de los cientos. Ciertas jentes que por nada de esta vida tomarían un cuarto á su prójimo, llegan á ser muy hábiles en poseer estas ventajas. Diré más: creo que *todas las personas que juegan con frecuencia saben aprovecharse de aquellas*. No le hablo á usted de mil ardidés que emplean las jentes más honradas; es muy raro, por ejemplo, que un jugador no sepa, al cabo de tres dadas, si su adversario coloca sus triunfos de izquierda á derecha ó de derecha á izquierda de su juego, de modo que á la segunda carta jugada sabe cuántos tiene. Ahora bien, le repito á usted que el jugador que sabe explotar convenientemente ciertas observaciones, duplica las probabilidades de ganancia sin salirse de las reglas legales.

Los círculos permitidos se hallan llenos de jugadores de igual fuerza, así que el mal no es grande; pero para llegar á poseer á fondo esta ciencia, el aprendizaje es muy gravoso.

La policía tolera algunas veces durante un tiempo limitado un círculo vicioso. Este círculo es la jaula en la cual entrarán los griegos que ella quiere vijilar; el oro es el visco que los cojerá. Déjalos algunas veces devorarse entre sí, pero esto no va mucho más lejos.

En cuanto á los círculos prohibidos, es otra cosa. Si leyérais la colección de la *Gaceta de los Tribunales*, os quedaríais sorprendidos al ver el número de casas clandestinas de juego que han sido descubiertas. La duración de estos establecimientos es rara vez larga, un mes ó dos, nunca tres. Desgraciadamente renacen de sus cenizas, como el ave de la fábula.

Con permiso de los señores novelistas, diré que la fisonomía de los garitos ha cambiado completamente, y aun desde há mucho tiempo.

El famoso *mayor* no existe ya, la policía correccional le ha muerto; su peluca ha sido devorada por los gusanos; su inmortal casa con alamares se ha convertido en polvo, el Temple se acuerda todavía de él, pero no le posee ya. La



brocheta de las condecoraciones extranjeras ha sido arrancada por una ley digna y sabia, y por la desconfianza del público, y los griegos verdaderamente condecorados con la orden de la Cortina amarilla ó de la Foca azul, tienen la precaución, antes de ir al tapete verde, de colgar su cinta en el cordon de su campanilla; nadie se atreve á tocarla.

M<sup>me</sup> de Sainte-Anémone ha ido á unirse al mayor ó al supuesto príncipe ruso; sus diamantes de cristal han sido heredados por una compañía de saltimbanquis, y su turbante de terciopelo amarillo y punzó coronado de plumas, sirve para cubrir la calva á un tuno que representa en las ferias á la célebre salvaje que come guijarros.

M. de Saint-Phal, el compadre de modales distinguidos, el que tomaba rapé con tanta elegancia en una tabaquera de similor, ha desaparecido igualmente; ha muerto en el fondo de una cárcel en donde se consumía sobre la paja de los calabozos. En cuanto á su comadre, la bulliciosa condesa encargada de atraer á los incautos, se ha convertido en asistente de enfermos.

El espléndido ajuar, las blandas poltronas de brocatel amarillo, los suntuosos sofás de terciopelo han desaparecido también; los candelabros y las arañas relucientes brillan á pedazos en las narices y las orejas de algunos pueblos negros y salvajes.

Si todo esto ha cambiado. « Las cosas mas bellas tienen el peor destino, » dice el poeta. Hoy, un griego de buen aspecto, que se da la importancia de un honrado mercader de la calle del Sentier, ha reemplazado al mayor. M<sup>me</sup> Durand, ó Lefèvre, ó Dubois, una mujer de sencillos modales, vestida con decencia, ocupa el lugar de M<sup>me</sup> de Sainte-Anémone y de su turbante. M. de Saint-Phal ha recobrado su verdadero nombre de Isidoro Barbanchu, y las loretas del barrio hacen olvidar á la bulliciosa condesa. En cuanto á los jóvenes incautos, son unos amables fulleros que, creyéndose muy fuertes, van al garito con la esperanza poco delicada de ganar el dinero ajeno.

El ajuar de la casa clandestina está aun mas desfigurado que los parroquianos. Como, segun el tenor de la ley, debe ser vendido cuando se descubre el garito, M<sup>me</sup> Durand, ó Lefèvre, ó Dubois tiene cuidado de elegirle de una sencillez capaz de abochornar á la celda de un trapista.

Ahora, apedréenme los señores novelistas si quieren, pero he dicho la verdad.

Hé aquí cómo se fundan los garitos:

El día que una loretta toca á los cuarenta, sin haber reunido con qué hacer subsistir á su vieja persona, va á gritar hambre á casa de todas sus vecinas de piso hasta que encuentra una colega que quiera unir su suerte á la suya. Estas dos mujeres no tienen nada que decirse, saben para qué se buscan. Al día siguiente abren una mesa redonda. Isidoro Barbanchu y el supuesto negociante han olido la comida y llegan á la hora que se sirve la mesa; las señoras del barrio se han gritado la noticia, como los Galos; ocho dias despues, todos conocen esta casa que no tiene muestra.

— Una tarde, entre el café y lo que le sigue, exclama una voz:

— Si talláramos un bac?

— Es una buena idea, responde otra voz, hagamos un bac ó unos alb.

Lo que quiere decir un baccarat ó unos al-bures.

Entonces, M<sup>me</sup> Durand, ó Lefèvre, ó Dubois, se adelanta, con el rostro grave y desazonado, con voz llena de unción.

— Hijos míos, dice, me causa la mayor desesperación el negarme á vuestros deseos, pero no

es posible; si la policía supiera que se juega aquí, haría cerrar mi mesa.

Murmillos dolorosos acojen esta declaración. El supuesto negociante se levanta y se espresa en estos términos:

— Señora Durand, me ocupo de negocios, y, gracias á Dios, sé distinguir las cosas legales de las que no lo son. Pues bien, le digo á usted que tenemos derecho de tallar un bac tranquilamente. No hay ley humana que pueda impedir á jentes honradas recrearse honradamente; no la hay.

— Nunca la ha habido, esclama Isidoro; que lo diga el señor Eugenio que ha estudiado derecho.

— Nunca! nunca! responde el señor Eugenio.

M<sup>me</sup> Durand se hace rogar todavía, y, finalmente, vencida por tanta instancia, acaba por decir con mucho candor:

— Puesto que me asegurais que no puedo tener un disgusto, consiento en daros una baraja; ya comprendéis que tengo interés en veros divertir tranquilamente toda vez y cuantas lo querais; pero os advierto, señor Isidoro, que sois responsable de todo.

— Por supuesto.

Al concluir, todos han perdido; pero hay 60 francos en la cagnotte.

La cagnotte! qué nombre tan espantoso!

M<sup>me</sup> Durand, muy interesada en que sus pensionistas no sepan exactamente la cantidad que ella saca cada noche de su diversion, ha tenido la ingeniosa idea de mandar hacer una alcancía adherente á la mesa. El jugador que gana tres veces, da dos francos. Uno de los parroquianos, designado por los otros con un nombre bastante singular (*el extremo de la mesa*), está encargado de deslizar las dos monedas en la hendidura; las mas veces no echa mas que una, y M<sup>me</sup> Durand lo sabe.

— Porqué no despiade usted *al extremo de la mesa*? la decia una loretta, la roba á usted mas de siete francos cada noche!

— Qué quieres! respondió la excelente mujer, tendria que dar á otro el mismo encargo, y haria lo mismo!

Hé dicho de qué modo nacen los garitos; hé aquí cómo mueren.

Sucede indudablemente que uno de los amables fulleros pierde lo que tiene, y sobre todo lo que no tiene. Arregla sus cuentas de un modo muy sencillo: escribe al comisario de policía. Este funcionario no se hace de rogar; en la misma noche se aparece como la sombra de un Banco. Embarga las cartas, embarga el dinero, embarga el ajuar, arresta á M<sup>me</sup> Durand, á sus parroquianos, varones y hembras, lo embarga todo. Como nada se pierde en la naturaleza, la asociada de M<sup>me</sup> Durand, consolada muy pronto, continúa su comercio.

Ordinariamente el drama del garito tiene su desenlace ante la policía correccional. Los parroquianos son reprendidos como merecen. Los griegos, el buen negociante é Isidoro pagan los platos con la buena de M<sup>me</sup> Durand.

Teniendo que fallar la 7<sup>a</sup> sala en un asunto de este género, llamó á M. Lacaze como perito.

— Caballero, le dijo el presidente, tenga usted la bondad de decirnos, si esos naipes, embargados en casa de los presos, tienen alguna señal ó preparacion.

El físico del rey se echó reir y respondió:

— No hay necesidad de señalar los naipes, señor presidente, ninguno se parece al otro.

— Pero, preguntó el magistrado, no tienen la costumbre ciertos griegos de preparar la baraja de antemano?

— Los griegos de séptimo orden solamente, los fulleros sencillos. Hé aquí seis barajas nuevecitas, continuó el perito, tenga usted la bondad de

mandar al ugier que las desenvuelva y las baje.

Dióse la orden, y como el ugier fuese algo torpe, el auditorio prorrumpió en carcajadas.

Tomando los seis juegos á su vez, M. Lacaze los barajó rápidamente, en seguida tirando cada carta, una á una, nombrólas todas sin volverlas, pasándolas sucesivamente al tribunal estupefacto.

— Doy á usted las gracias, señor perito, dijo el presidente, y le felicito por su habilidad. Plegue al cielo que la leccion que acaba de dar usted aquí, aproveche fuera de este recinto.

¡Ay! hace veinte años que esto pasó, y no ha corregido á nadie.

Al contrario.

JULIO NORIAC.  
(J. R.)

#### EL SOL Y LAS MINAS DE DIAMANTES.

Los vates han agotado el diccionario de la rima en loor de la tímida violeta, que huye del tumulto y de la ostentacion celándose entre el césped para hurtarse á las públicas miradas. Esa flor es el emblema del *mérito que se oculta* y que todos buscan con afán, sin hallarlo frecuentemente. No escasea, en verdad, la exageracion en estas poéticas alegorías, máxime en París, en donde las vendedoras de violetas obstruyen el paso á los transeuntes por calles y plazas. Si el mérito se ocultase tan mal como la violeta, los hombres de talento, descubiertos con sobrada facilidad, se arremolinarian á las puertas de los libreros y estorbarian la entrada al público ansioso de comprarlos. Mas acertada y cuerda habria sido la inspiracion de los hijos de Apolo si hubiesen escogido el diamante por emblema del mérito; pero fuerza es dispensarles este desacierto en gracia de que están mas familiarizados con las violetas del campo que con los diamantes de Oriente. La inspiracion brota siempre de los objetos que están mas á la mano.

Desde el descubrimiento del diamante, sólo se conocen cinco grandes eminencias: nieguésenme despues que no ha costado afanes y trabajos el hallar estas cinco maravillas, mientras que es infinito el número de violetas cosechadas desde el naturalista Plinio, hasta nuestros tiempos! Hé aquí los nombres de esas piedras ilustres: los diamantes del *radjah* de Borneo, de Aureng-Zeb, del emperador de Rusia y el famoso *Regente*. Al mismo tiempo, y con no menos trabajo, se descubrieron cinco poetas creadores: Moisés, Homero, Sófocles, Eurípides, Shakespeare. El sol ha tenido que sudar cada gota como una camuesa, en su laboratorio, para darnos diez diamantes, y no podrá proporcionarnos ya mas, porque los astrónomos han probado que el padre de la luz no existe: lo cual desgraciadamente es una verdad, pero todas las verdades no son buenas para dichas, sobre todo á la faz del sol, que, á no dudarlo, es capaz de inventar un undécimo azote para vengarse. Mas pese á quien quiera! el sol es un cuerpo tenebroso, iluminado por un núcleo de nubes fosforescentes, un astro que nos vende como propia una luz prestada. Ganas me están dando de hacer mil pedazos el telescopio de Herschel que viene á revelarnos un secreto tan desconsolador.

Pero, á Dios gracias, tenemos un tribunal de apelacion en el cabo de Buena-Esperanza: los heliosistas pretendian anular este fallo de los anheliosistas. La vista se aplazó á quincena á causa de la estacion lluviosa, y cuando el pobre sol indio apareció en las cimas de Cap-Town, el telescopio mas potente dirigió la puntería á este astro, hizo fuego y le tendió cadáver en un mar de azul turquí. No hay sol! exclamaron los jueces. Ese objeto redondo que vemos es una máscara





Busca de piedras preciosas en las montañas de Golconda (Indias Orientales). — Dibujo de Pastelot, grabado por Linton.





La plaza de Ramsgate en la desembocadura del Támesis, de un cuadro de Frith, propiedad de la reina de Inglaterra.



impostora; tiene razon M. Levertrier: hay planetas, pero no sol.

La nueva se difundió por el golfo Arábigo, y atravesando la antigua comarca de los Caldeos, llegó hasta los Persas, adoradores del sol desde el tiempo de Belo. Consternacion general entre los fieles Parsis. No quieren tributar adoracion á unas nubes fosfóricas, lo cual seria una herejía vergonzosa; reúnese un concilio en Syria, en las orillas del golfo Pérsico, y se anula la sentencia del Cabo de Buena-Esperanza y del impío telescopio de Herschel.

La decision heliófila de Siria preocupó hondamente á todos los habitantes del golfo Pérsico: en ese hermoso pais, las noches se prestan á la meditacion y al estudio: de ahí sus largas conferencias durante las nocturnas horas. Los marinos que pasan el estrecho de Ormus, llevaron la nueva reciente y flamante á la provincia del Belouchistan y á la desembocadura de l'Indo. Conmovióse con esto Hyderabad, la ciudad de los diamantes, la antigua Golconda, la grande abastecedora de los joyeros del globo. Oh sol! prorrumpieron los industriales de Hyderabad ¿qué va á ser de nosotros si tú no existes? Qué otra potencia creadora convertirá en diamantes el carbon oculto en el seno de las montañas de Joudpour?

Los industriales de Hyderabad no tienen aprecio al sol sino por su talento de químico: hay muchos Ingleses indios dedicados al comercio de diamantes.

Así es que estos Ingleses presentaron su querrela á las autoridades de Cap-Town y exigieron la destitucion de Herschel, la supresion de las nubes fosforescentes y el restablecimiento del sol y de la teoría *adamodoxa* en su estado primitivo. Los griegos daban al diamante el nombre de *Adamas*, indomable. Nada le hace mella y lo raya todo, cualidad que con toda evidencia debe al sol.

Fuerza es decir sin embargo, para ser justos con los Ingleses, que los sabios astrónomos no respetan nada, y que desde la época de Josué hasta nuestros dias no dejan en paz un momento al desventurado sol. De cuántas fábulas no ha sido objeto! Tales de Mileto le hacia arrastrar por cuatro corceles blancos: Dionisio el Areopagita acusaba al sol de no saberse llevar bien con la luna: Galileo le clavaba en el centro del mundo: en fin, Herschel II, mas audaz que sus compañeros de armas, no se anda en chiquitas, y le suprime lisa y llanamente, como un cero.

M. Thomas Priston, industrial de diamantes en Hyderabad, decia:— si mis jornaleros de la montaña de Joudpour supiesen el nuevo descubrimiento, se tumbarian á la bartola sin querer trabajar. Oh sabia prevision!

Lo mismo habia sucedido en las posesiones de Cirey, de la marquesa de Chatelet, la Urania de Voltaire. Los jardineros, los labradores, los arrendadores de tierras se despidieron al oír la lectura de una poesía heliófoba de Fontenelle que con razon sembró el espanto en Versalles y en Paris. Nada mas tremendo y sacrilego se ha escrito contra el sol. El autor de los *Mundos*, el astrónomo Fontenelle, dice así:

Mucho me temo que un dia,  
¡Día funesto! se enlode  
Hasta los ojos el sol  
Y nos diga: Buenas noches!  
« Buscad otros que os alumbren  
» En las celestes legiones,  
» Porque yo no veo ni gota.  
» Conque... Dormid bien, señores!  
Y al eterno dormitorio  
Cada cual marchará entonces  
Sin llamar al escribano,  
Ni pensar en sus doblones.

¿Para qué sembrar los campos, ni plantar árboles, ni podar los bosques, decian los vasallos de Urania y los discípulos del bucólico Fontenelle, si el dia menos pensado tiene Dios el capricho de poner al sol un apaga-velas?

Los sistemas, las teorías y los descubrimientos científicos nunca deberian causar perjuicios á los industriales particulares. No ha mucho, un sabio, sin antonomasia, M. Babinet, sostuvo con todo el peso de su autorizado nombre, que los cometas no tenian la menor influencia sobre los viñedos. Dios se sonrió, sin duda, al oír este apotegma; pero, aun dado caso de que M. Babinet tuviese razon, á qué emitir un pensamiento tan perjudicial á los intereses de los propietarios vinícolas de la Borgoña y de la Gironde? Esta popular creencia, que data del cometa de 1811, no perjudicaba á nadie y favorecia al comercio mas socorrido, y mas útil, al comercio de vinos. Si M. Babinet poseyese una viña en la *Cote d'Or*, ó en los arrabales de Burdeos, de seguro habria hecho uso de su influencia astronómica para sostener que el brillante cometa de Donati cambia el *Medoc* en *La-fitte* y el *Macon* en *Chambertin*, y M. Babinet hubiera ganado un treinta por ciento en la venta de cada tonel.

Si la Borgoña y la Gascuña demandasen daños y perjuicios al sabio y oportuno astrónomo, ganarian, á no dudarlo, su litigio ante los jueces de Dijon y de Burdeos.

La causa del sol es mas grave, porque interesa, no ya á los joyeros de la India y del Brasil, sino al universo entero. No le es lícito á la ciencia apagar la lámpara que alumbrá el teatro del mundo, sustituyendo su luz con vapores. Se tiene fé ciega en la lámpara, y los vapores se repudian. Es decir, que tenemos una luz prestada, de ocasion, y que el menor incidente puede deshacerla en copos por el espacio y nos quedamos á oscuras y convertidos en carámbanos de hielo! Quién mal de sus pecados se mete entonces á erijir casas, palacios, ciudades con la hipoteca de unas nieblas fosforescentes! Eso seria santo y bueno en la época del sol cuerpo sólido que garantizó lo porvenir; pero hoy, despues de ese fatal descubrimiento, seria una locura ponerse á picar un adoquin. ¿Quién sana los terrores de la imaginacion?

Por eso comprendió muy bien el asunto M. Thomas Priston relativamente á su interés particular. Con la apertura del Istmo de Suez y los alambres eléctricos no hay distancia entre el Observatorio de Paris y las minas de Golconda. Y véase la catástrofe de que está amagada la explotacion de Joudpour.

Pero qué explotacion! en medio de unas enormes montañas cortadas á pico, de una cadena de erupciones volcánicas, de un caos de rocas desnudas calcinadas por espacio de seis mil años, á las ardientes emanaciones del sol. Ni una hoja de yerba, ni una sombra de arbusto, ni una triste huella de vegetacion. Una catarata, vomitada por un inmenso lago de granito, cae como una lágrima del diluvio, con eterno murmullo, como la voz monótona de aquel lúgubre desierto. Despues de la caída del sol, un rugido penetrante responde á esta voz esparciendo el espanto desde Telinga á Delhi, al través de las montañas: es el rey de los tigres, mónstruo siniestro cebrado de negro, que muerto de una sed tórrida durante las horas del dia en el fondo de su caverna, y que olfateando á la luz de las estrellas la frescura de la cascada, viene en busca de sus aguas para refrigerar sus fauces.

En este lugar escénico se hace la explotacion de diamantes: allí se desentrañan esas joyas magníficas que constituyen el orgullo, el contento y adorno de las hijas de Adán, enalteciendo su belleza en el vuelo lascivo del vertiginoso vals. Esa

montaña es un estuche de pedrería: pero es preciso registrarla en su profundo seno, durante las ardientes horas del dia, cuando el sol indio vierte una catarata de fuego sobre las desnudas rocas y las calcina como brasas, dando á la atmósfera esa reverberacion candente que hierve en el fondo cráter de un volcan. La hora y el lugar son poco propicios para este infernal trabajo; pero el comercio es despótico, exigente. Calcuta, Londres, Paris, Viena, Berlin, San Petersburgo, grandes capitales del lujo, reclaman arroyos de diamantes para atavío de las nuevas esposas, para el esplendor de las fiestas, para consuelo de las viudas y la fatuidad de los Narcisos: preciso es, pues, sondear esas capas terrosas que ocultan á los ojos del esclavo liberto y del señor la preciosa sustancia mineral: fuerza regar con cálidas gotas de sudor ese bazar de la naturaleza india, la joyería del sol: avara y egoísta industrial que no trabaja sino cuando la place, y tiene por guardas de su riqueza al tigre, al león, á la serpiente, al cólera, al hombre; sin que tal cohorte de precauciones la escude de los asaltos del hombre, animal feroz que todo lo atropella si se trata de despojar á una montaña de su oro y sus diamantes.

El jornalero indio es siempre fiel al culto del sol, ese hijo primojénito del dios azul, Indra. Tras sus largos y penosos afanes, es estremado su contento cuando descubre un diamante dentro de su capa terrosa: vé en esa halaja la radiante emanacion del sol, y en otros tiempos la veneraba de hinojos. Mas, oh amargo desengaño! la ciencia inexorable, que arranca á todo lo existente sus matices de poesía, se apoderó hasta de la crasa ignorancia de los indios por el *Bombay Review* y les dijo: ¿Queréis saber lo que es esa maravilla de mil facetas, ese fruto del himeneo de la montaña y del sol, esa reina de las perlas? Pues es carbono puro, y si fundís el diamante, veréis atónitos la cantidad considerable de ácido carbónico que se desprende de ese átomo. El jornalero indio ha adquirido esta conviccion, y el desaliento le ha cortado los brazos. No le faltaba ya mas que una nueva lección: saber que el sol no existe y que una enorme masa de nubes fosforescentes vela el soberano rostro del dios azul! Triste caída de tan elevadas ilusiones!

Por dicha, los químicos alemanes, ocultos en sus laboratorios, consumen en sus hornillos desde hace quince años minas enteras de carbon, esperando forjar brillantes artificiales de sesenta granos, con los cuales podrán romper sus tejados de vidrio, ya que no consigan rayarlos. Bueno es vivir con la esperanza.

MÉRY.

(Trad. A. L. de B.)

#### RAMSGATE.

Ramsgate es un puertecillo de la isla de Thanet en las aguas meridionales de la costa éste de Inglaterra, cerca del condado de Kent. Es doblemente célebre; ya como placentero sitio de baños de mar, á donde acuden numerosas familias durante los bellos dias del estío en pos de las distracciones, accesorio terapéutico del tratamiento, si no objeto principal de los bañistas; ya como centro activo del cabotaje británico con las costas de Francia, Bélgica y Holanda, y bajo este concepto, como parte interesada en la privilegiada sociedad de los cinco puertos, tiene garantida su superioridad sobre sus rivales.

El cuadro de costumbres que presenta hoy el *Mundo ilustrado*, y que reproduce las diferentes fases de su fisonomía, está tomado de las playas de este puerto: un turista contemplando con su antejo el horizonte marítimo: mercaderes de juguetes y objetos raros ofreciéndolos á su manera á



los transeuntes: á la viuda un papagayo, á la madre de familia juguetes para la niños que se entretienen en trabajos de construcción sobre la arena: juglares americanos que cantan y hacen pantomimas con gran aplauso de los espectadores.

Para certificar de la escrupulosa fidelidad del cuadro, baste decir que el asunto inglés está ejecutado por artistas de aquella nación.

MAC VERNOLL.

(Trad. A. L. de B.)

#### IDOLATRÍA.

¿Quereis saber cómo es ella,  
Cómo es la mujer querida  
Que mi corazón subyuga  
Y mis canciones inspira?  
Ella, mas que todas bella,  
En su corazón anida  
El ángel del sentimiento,  
Del amor y la poesía,  
Y ciñe á su hermosa frente  
Una aureola bendita  
De candor y de pureza  
Que seduce y que fascina.  
¿Quereis saber todo cuanto  
Por ella capaz sería  
De realizar? Pues oídlo.  
Si ella me dijera: mira,  
Mi corazón será tuyo;  
Pero es condición precisa  
Que el laurel de eterna gloria  
Tus sienas lleven; que un día  
El mundo entero se humille  
Ante tu nombre; que vivas  
Al nivel de esos gigantes  
Que las edades admiran  
Por su genio; que en la historia  
Brillante página escribas  
De esas que no borra el tiempo  
Ni la eternidad marchita,  
Yo, que nada soy, que nada  
Seré tal vez, ¡oh! yo iría  
Con la fe en el corazón  
Y en los labios la sonrisa  
A escalar el alto templo  
De la gloria, y subiría,  
Por mas que de abrojos llena  
Encontráre la subida:  
Yo al estudio consagrara  
Mi vida entera, y mi lira  
De Meléndez y de Arólas  
La dulzura tomara,  
De Espronceda el tono ardiente,  
La robustez de Zorrilla,  
Y las imágenes bellas  
De Calderon y de Eguílaz.  
Si ella me dijera: adoro  
Con delirio la poesía  
Del lujo, y quiero que el hombre,  
Que merezca mi sonrisa  
Y el lauro de mi cariño,  
Brille en la tierra cual brilla  
En el cielo el sol; que tenga  
Coches, palacios y quintas,  
Y á manos llenas derrame  
El oro en bailes y orgías,  
Yo, miserable gusano,  
Que nada tengo, yo haría  
De modo que mis riquezas  
A muchos dieran envidia,  
Y humillara con mi lujo  
Los magnates de Castilla.  
Si ella me dijera: un alma  
Sólo para el mal nacida  
Detras de mi rostro de ángel  
Se oculta, y quiero que elijas

por mí la senda del crimen;  
Que reniegues y maldigas  
De cuantos buenos instintos  
En tu corazón se anidan;  
Que torvo en tu mano brille  
El puñal del homicida,  
Y guerra á muerte declares  
A la sociedad; que trizas  
Hagas tu ambición de niño,  
Tu honor y tu fe, pondría  
Sin vacilar un momento  
Sobre mi frente el estigma  
De la infamia y el oprobio,  
Y, si bien manchada, erguida  
Por do quiera la llevara  
Con satánica osadía.  
Si ella me dijera: existe  
Un hombre que me esclaviza  
El pensamiento y el alma,  
Y cuyo amor es mi vida,  
Mi luz, mi bien, mi consuelo  
Y mi esperanza y mi dicha,  
Y «quiero que tú le mires  
Sin odio,» yo arrancaría  
Con desesperada mano  
De mi corazón las fibras  
Donde el aborrecimiento  
Se encarnara, y...; le amaría  
Si tal sacrificio cabe  
De lo humano en la medida!...

Helados corazones,  
Mezquinas almas,  
En quienes nunca prende  
De amor la llama,  
En quienes sólo  
Se alberga el egoísmo  
Y el amor propio,  
¡Burlaos en buen hora  
De mis delirios!  
¿Qué enérgicas pasiones,  
Qué sacrificios  
Podeis vosotras  
Comprender, pobres almas?  
Si de mi loca  
Pasión por ella duda  
Quedaros puede;  
Si el amor que mi pecho  
Por ella siente  
Juzgais acaso  
Imposible por grande  
Y exagerado,  
¡Es que no habeis sentido  
Lo que yo siento;  
Es que nunca pudisteis  
Alzar el vuelo  
Del barro inmundo,  
Sedientas de un cariño  
Eterno y puro.

FEDERICO DE LA VEGA.

La traducción del *Mundo ilustrado* se hace bajo la dirección del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.

#### IMPORTANTE.

Este número es extraordinario, según prometimos á nuestros suscritores, y el segundo de los cinco que, por vía de suplemento, verán la luz hasta fines de diciembre para completar los cincuenta y dos que en total corresponden al año de 1860, subsanando así nuestro invo-

luntario retraso al dar principio en febrero á la publicación del *Mundo ilustrado*.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MELUADO,

en

MADRID,

calle de Santa Teresa, núm. 8.

DEPOSITO

en

PARIS,

calle de S. André des Arts, núm. 47.

Se remite franco de porte el catálogo de las publicaciones de dicho Establecimiento á las personas que deseen obtenerlo.

Los directores del *Mundo ilustrado* informan á sus suscritores que pueden suministrarles una encuadernación ó *pasta móvil*, cuyo sistema sencillo y cómodo permite reunir, en volumen, y á medida que se van publicando, los números del periódico, que entonces no se manchan ni maltratan. Los directores ceden estas *pastas móviles* de tela granada (*chagrinée*) por 6 fr. y de papel de color por 5 fr.

Los suscritores que deseen tener estas pastas móviles pueden pedir las á los señores A. Laplace y C<sup>a</sup>, calle de Saint-André-des-Arts, n<sup>o</sup> 47.

(J. R.)

#### CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

|                    |                                                                                     |
|--------------------|-------------------------------------------------------------------------------------|
| ACAPULCO.          | D. A. La Reina.                                                                     |
| AREQUIPA.          | D. Manuel G. de Castresana.                                                         |
| ARICA.             | Sres. Calmann y Riobó.                                                              |
| BOGOTÁ.            | D. Rafael Mogollon y Guzman.                                                        |
| BUENOS-AIRES.      | D. Federico Real y Prado.                                                           |
| CAMPECHE.          | D. F. Jimeno.                                                                       |
| CARÁCAS.           | Sres. Rojas, hermanos.                                                              |
| CARTAGENA.         | D. Joaquín F. Velez.                                                                |
| COBLEN.            | Sres. L. Durandau y Compañía.                                                       |
| CURACAO.           | D. J. Blasini.                                                                      |
| GUATEMALA.         | D. Pablo Blanco.                                                                    |
| GUAYAQUIL.         | D. Luis Abadie.<br>D. Ant. La Mota.                                                 |
| HABANA.            | Sres. Charlain y Fernandez.                                                         |
| HUASCO.            | D. Pedro Vega.                                                                      |
| LA PAZ.            | Sres. Gérard y Comp.                                                                |
| LA UNION.          | D. J. Mendel.                                                                       |
| LIMA.              | P. Bailly.                                                                          |
| MÉJICO.            | Sres. Maillefert y Comp.                                                            |
| MENDOZA.           | D. F. Clvit.                                                                        |
| MONTEVIDEO.        | D. Ventura Garaicoechea.<br>D. Federico Real y Prado.                               |
| PUERTO RICO.       | D. Ignacio Guasp.                                                                   |
| ROSARIO.           | Federico Reissig.                                                                   |
| SAN FRANCISCO.     | M. Biesta.                                                                          |
| SAN MIGUEL.        | D. Ant. Blanco.                                                                     |
| STA. MARTA.        | D. José A. Barros y Comp.                                                           |
| SANTIAGO DE CHILE. | D. Pedro Yuste y Comp.<br>Librería agencia del <i>Mercurio</i> .<br>D. Ramon Morel. |
| SANTO DOMINGO.     | D. A. Bonilla.                                                                      |
| SERENA.            | D. Tristan Daniel Lopez.                                                            |
| PAITA.             | D. C. Lopez.                                                                        |
| TACNA.             | D. Clemente Bartibas.                                                               |
| TAMPICO.           | D. A. Gutierrez y Victori.                                                          |
| TRINIDAD.          | D. W. Carr.                                                                         |
| VALDIVIA.          | D. Tomás de Albarracin.                                                             |
| VALPARAISO.        | D. Santos Tórnero y Comp.<br>D. Nicasio Ezquerro.                                   |
| VERACRUZ.          | D. Juan Carredano.                                                                  |

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle A. Bourdilliat, 15, rue Brete.



## CADA OVEJA CON SU PAREJA. — Dibujo de Damourette.



Si el can es de habilidad ¿qué tal será su maestro?



Mal educados.



*Damourette*

Cuál de los dos tiene mas seso?



Glotones.